

FEDERICO ROMERO
Y
GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW

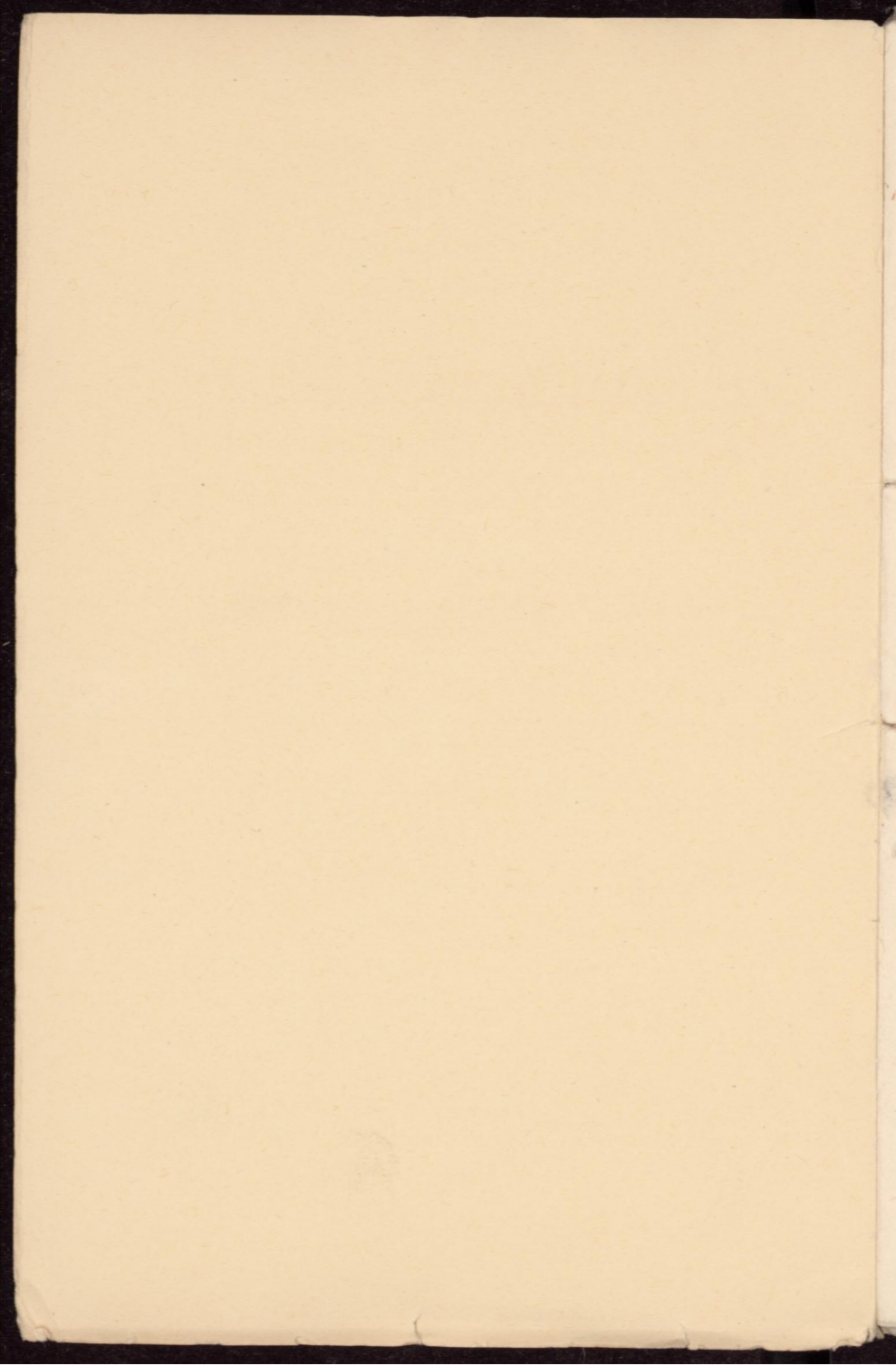
LA SOMBRA DEL PILAR

ZARZUELA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO
DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y UN
INTERMEDIO, MÚSICA DE

JACINTO GUERRERO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
INDUSTRIAL GRAFICA, REYES, 21.
1925



A la Fundación Jacinto e Inocen-
cio Guerrero, dos personas que tanto han enri-
quecido de mi padre y de nosotros y que
tanto han significado en la vida
española

Cordialmente

W. Romo

LA SOMBRA DEL PILAR

SEGUNDA EDICIÓN

Tienda Nueva de Barcelona,
2 Octubre 1924.

Tienda Revistería de Madrid,
16 Octubre 1925.

MADRID
INDUSTRIAL GRAFICA, REYES, 11.
1925

A la Universidad de Alcalá
de las artes, en la ciudad de Alcalá
de las artes, en la provincia de Madrid
de las artes, en la provincia de Madrid
de las artes, en la provincia de Madrid

Indicaciones
[Signature]

LA SOMBRA DEL PILAR

FEDERICO ROMERO
Y
GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW

LA SOMBRA DEL PILAR

ZARZUELA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO
DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y UN
INTERMEDIO, MÚSICA DE

JACINTO GUERRERO

SEGUNDA EDICIÓN

Teatro Nuevo de Barcelona,
3 Octubre 1924.

Teatro Novedades de Madrid,
16 Octubre 1925.

MADRID
INDUSTRIAL GRAFICA, REYES, 21.
1925

FEDERICO ROMERO
Y
GUILLERMO FERNÁNDEZ-SHAW

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright by F. Romero and G. Fernández-Shaw, 1924.

MADRID
INDUSTRIAL GRÁFICA, REYES, 21
1925

REPARTO

ACTORES

PERSONAJES	EN BARCELONA	EN MADRID (1)
PILAR.....	Sta. Bugatto.....	Srta. Badía.
TANA.....	Sra. Téllez.....	» Cadenas.
MELCHORA.....	» Gorgé.....	Sra. Bori.
TÍA VIHUELA.....	» Mustieles.....	» Hurtado.
PILARCITA.....	Niña Moreno.....	Niña Alós.
MANOLICO.....	Srta. Pérez.....	Srta. Iglesias.
MOSÉN PUÑALES...	Pepe Angeles.....	Eugenio Casals.
FELIPE.....	Sr. Gorgé (P.).....	Sr. Maynou.
TRENZAERA.....	» Alba (J.).....	» Alares.
MARIANIGO.....	» Villasante.....	» Lopetegui (2).
MIGUEL.....	» Bastida.....	» Martí.
PEPE CAÑAS.....	» Ripoll.....	» Oller.
GARRAPATA.....	» Ambit.....	» Cruz.
MATACURAS.....	» Bordas.....	» Aznares.
TÍO CELEMÍN.....	» Llorca.....	» Furió.
DON MARCOS.....	» López.....	» Ferret.
LANUZA.....	» Torres.....	» Alós (M.).
UN CABO.....	» Egea.....	» Badía.
UN GUARDIA CIVIL.	» Garrido.....	» Quer.
UN SEÑORITO.....	» Taberner.....	» Micó.
UN FLAMENCO.....	» Egea.....	» Alós (A.).
UN PIANISTA.....	» Gutiérrez.....	» Alós (M.).
GUARDIA DE ORDEN		
PÚBLICO.....	» Taberner.....	» Crespo.
OTRO.....	» López.....	» Alós (A.).
EL DIRECTOR DE LA		
CÁRCEL.....	» Ambit.....	» Cruz.
UN CELADOR.....	» Egea.....	» Mateu.
PRESO 1.º.....	» Gutiérrez.....	» Valero.
PRESO 2.º.....	» Suárez.....	» Rodríguez.

Infantes del Pilar, presos, mujeres devotas, capilla religiosa,
rondalla de guitarras y bandurrias y coro general.

La acción en Zaragoza.

(1) En Valencia fué estrenada esta obra, también con un excelente reparto, por la compañía de Federico Caballé, que dirige Pedro Segura.

(2) En la sexta representación se encargó de este papel el Sr. Calvo.

ACTO PRIMERO

Portalón de la «Posada de Palafox» que se supone enclavada en el arrabal de Zaragoza. Gran puerta al fondo y una ventana ancha a cada lado. Telón de foro por el que se vislumbra, lejana, una vista panorámica de la ciudad. A la derecha, en primer término, comienzo de la escalera que da acceso al piso alto y en segundo término, una puerta pequeña. A la izquierda, puerta, sin hoja, de la cuadra. En el rincón de este lado, aparejos y guarniciones. Bancos y sillas en diferentes lugares de la habitación. Es de día.

Al comenzar la obra, Meichora, que es una mujer de unos cuarenta años, está haciendo calcaeta sentada a la derecha junto al arranque de la escalera.

A la izquierda, el Tío Celemin, posadero, ya setentón, enseña a tocar la guitarra a Manolico, muchacho de diez o doce años.

Trenzaera, cosario de Gallur, entra y sale por la izquierda, sacando en cada aparición un arreo de sus caballerías.

Marianico con un papel en la mano se pasea, leyendo, por la estancia.

Miguel y otros mozos y mozas están a la puerta de la posada, de tertulia.

MÚSICA

Celemin.

No te aturulles
que es muy poquico
lo que ti falta
de la lición.

- Manolico.** Ya estoy, agüelo,
del guitarrico
hasta las cachas...
- Marlanico.** Tiene razón,
que ya es, agüelo,
mucho moler
cuando el muchacho
no quíe aprender.
- Melchora.** Hombre, dejaile
- Marlanico.** Ya está dejao;
pero te digo
que me ha amolao.
- Empieza a rasgugar Manolico.
- Celemín.** ¡Ese es mi nieto!
¡Vaya un guitarro!
Anda, Melchora...
Ya tira el carro,
- Melchora.** «Ti lo dije muchas veces
y tú no me has hecho caso:
esas coces que ti pego
son por arrimarte al rabo.»
- Celemín.** ¡Vaya un gazzate!
- Trenzaera.** ¡Viva Aragón!
- Marlanico.** No digas, hombre,
que eso es canción.
- Melchora.** Es que vosotros
los *señoritos*
soís partidarios
del *forrostrós*.
- Marlanico.** Pues sí que paice
que hay difiriencia
de esa coplica
a esta canción.
- Celemín.** Verás, verás
cómo te ganas
dos gofetás.

- Marianloo.** Leyendo lo que canta.
«En la caja con dos cirios funerarios
yo la hi visto más cetrina que la cera.
De su boca se escapaba una sonrisa,
justiciera.
Tú te burlaste de mi,
y ahora quiere la fortuna
que yo me ría de tí.»
- Calemin.** ¿Qué te parece?
Trenzaera. ¡Viva Raquel!
- Melchora.** ¡Vaya una copla
que trae el papel!
- Marianloo.** Eso es sentimiento.
Melchora. ¡Eso qué va a ser!
Toca, Manolico,
y anda tú, Miguel,
que pa sentimiento
no hay como la jota
si se canta bien
- Vuelve a tocar Manolico
- Miguel.** «No tengo más sentimiento
que se murió sin saber
lo que yo he llorao por ella
y he codiciao su querer».
- Marianloo.** Nos ha fastidiao
con ese cantar.
- Melchora.** ¡Me la has recordao!
¡Me has hecho llorar!
- Trenzaera.** ¡Que viva Gallur!
¡Allí lo aprendí!
- Melchora.** ¡Figúrese usted
lo que es para mí!
- Todos.** «No tengo más sentimiento
que se murió sin saber

lo que yo he llorao por ella
y he codicioio su querer.

Miguel y los mozos y mozas van desapare-
ciendo discretamente.

HABLADO

- Vihuela.** Saliendo por la puertecita de la derecha.
¡Ya ti han hecho cantar estos mostillos!
- Celemín.** Y en particular, éste, que nos atrona la
caeza con sus letanías.
- Vihuela.** Pues güeno, pase por hoy; pero ya sa-
béis que la Melchora, sin acordarse de la
Pilar, no canta y, al acordarse, llora por
aquella perdía y que aquí no llora más
que el gato y pa eso hasta el mes que vie-
ne no le toca.
- Manolico.** ¿Me puedo ir ya a la alamea?
Celemín. Sí, hombre, vete. Pero ten cuidao, que
ayer le apuntaste con el tirador a un co-
lorín y por poco le das al señor arzobispo.
- Manolico.** Hasta en eso del tirador me quiere dar
liciones.
- Melchora.** Se va por el foro.
Acabando de enjugarse el llanto.
Le advierto, tía Vihuela, que me con-
viene acordarme de la Pilar.
- Celemín.** ¿Pa qué?
Melchora. Pa no olvidar todo el daño que me ha
hecho.
- Vihuela.** Sí que salió güena pécora. Primero te
entonteció a tu hermano Celipe y le hizo
irse a las Américas, dice que a hacer
fortuna, porque a la Pilara siempre le ti-
raron los lujos y las fantasías.
- Melchora.** Y luego, no tuvo paciencia pa esperar
que Celipe se enriqueciera... y se fué no
sé aonde.

Trenzaera. Pues yo si lo sé, ¡viva Madri!, que la última vez que estuve en la Corte me la encontré en la calle y llevaba un abrigo... que no sé si con dos docenas de gatos la forrarian el cuello.

Melchora. Ya lo sé, Trenzaera. Y otras cosas pieres también; que si mi sobrina no me escribe desde que se convenció de que no le contesto aunque me muera, no falta quien viene a contarme cómo anda.

Marianico. Que deja de leer y se dirige a Trenzaera.
Oye tú, ¿y cómo anda?

Trenzaera. Pues eso es lo güeno; que no anda. Un automóvil tiene que, yo no le he visto; pero me ha dicho Nicanor, que ahora es artillero, que no hay en Madri más que ese y otro: el de San Isidro Labrador.

Melchora. Calla, Trenzaera.

Trenzaera. Güeno; pues hablando de otra cosa: la Pilara, ¿es prima de usté o es conceja?

Marianico. ¡Qué bruto eres! ¿No sabes que es órfana de la hermana mayor de aquí? ¿Y que Celipe es el hermano más pequeño? ¿Y que eran novios de ocultis? ¿Y que ésta lo supo cuando él se marchó a Cuba?

Vihuela. Oye, Marianico... que no nos importa ná de eso.

Marianico. Es que si empieza este a cambiar de conversación, nos estamos aquí hasta mañana hablando de lo mismo.

Trenzaera. Güeno... pues voy a echarle el pienso a la reata.

Mutis por la cuadra.

Marianico. ¿No te parece, Melchora?

Melchora. Sí, me parece que... me voy a golver a mi casa.

Celemin. ¿Te pesa estar en la mía?
Melohora. No, tío Celemin; pero aquí en la posada, raro es el día que no tenemos un buen recuerdo de mi sobrina... o de mi hija como quien dice...

Y en cambio allí... Enternecida.

Marianico. ¡Canastos, eso sí que no! ¡Que allí hasta las telarañas te recuerdan el poco apego que le tenía a la escoba!

Melohora. De eso tuvo la culpa mi Celipe. Empeño en que era la mejor cantaora del arrabal, como él presumía de ser el rey de la vihuela, siempre la tenía agarrada pa que le probara sus coplas.

Marianico. Y, a propósito de coplas: esta de «la sobrina del enterraor» sí que es un *podema*. Escucha:

Leyendo.

«Para ver si al interfezto
podía resucitarlo,
con la pala de su tío
escarbaba el camposanto.»

Tana. Saliendo por la escalera: es la Maritornes del albergue.

Marianico, Marianico, por la Virgen del Pilar... no me eches anzuelos. Qué tú sabes lo que a mí me tira el drama y me haces debrutar.

Marianico. ¡Vaya si debruta!

Tana. Dice el «Heraldo» de hoy, que esta noche va a salir una estrella en el Cabaret López de Vega que hace de llorar un porción. Si no fuera, como es, Nochegüena, yo pedía permiso y cinco riales a cuenta del mes y no perdía golpe.

Celemin. Pues te puedes zhorrar más de tres ría-

les, porque por cuatro cuadernas y por menos te doy yo una patá que bufas.

Cruzan por el foro, de derecha a izquierda, Mosén Puñales, don Marcos, Pepe Caña, y Lanuza. Se paran ante la puerta de entrada. Mosén Puñales es el capellán de la cárcel; don Marcos, el Presidente de la Audiencia; Pepe Caña, empresario del Cabaret Lope de Vega, andaluz y dicharachero; Lanuza, un joven periodista local.

Mosén Puñales.

Mirando al dintel de la puerta.

Aquí no puede ser, don Pepe. ¿No dice usted que es una artista de mucho dinero?

Pepe.

Una postinera, y na más, señó cura.

Marcos.

No obstante, entiendo que interrogando no se yerra.

Lanuza.

Opino idénticamente.

Entran los cuatro. Mosén Puñales viste el traje talar con manteo y teja; don Marcos usa abrigo de pieles y sombrero de copa; Pepe Caña lleva capa y sombrero cordobés; Lanuza, gabardina y flexible.

Pepe.

Salú y pesetas.

Colemín.

¡Cuánto güeno por aquí!

Vihuela.

Pasen, pasen. Tú, Tana, arrima unas sillas.

Mosén Puñales.

No molestarse, puñales.

Marcos.

¿Por azar se hospeda en este albergue una célebre... cupletista conocida por Jezabel?

Marlanco.

Aparte.

¡Rediez, cómo habla este elegante!

Colemín.

No, señor. Aquí no es fácil que paren esas gentes.

Mosén Puñales.

Pues claro, hombre. Pero este don Pepenos ha querido gastar una chufia.

Pepe.

Sacando una carta y leyendo.

¡Vaya, señó cura! Que aquí está.

«Del hotel no se preocupen, porque he

- de vivir en la Alameda de Macanaz donde hasta los pájaros...» Ercétera, ercétera.
- Melchora. ¿Qué dice de los «pajaros»?
- Pepe. Una cursilería, señora. Guarda la carta.
- Mosén Puñales. Vámonos, pues.
- Pepe. Aguardarse. A Celemin.
- Aquí, el Presidente de la Audiencia, y aquí, el capellán de la cárcel, y aquí, el reportero de «La torre nueva», han organízao pa'l día de Navidad una juerga...
- Mosén Puñales. ¿Cómo una juerga, repaño?
- Pepe. Bueno... una cachupiná pa que los presos tengan su mijita de bureo, que pa eso ha nasío er Niño Dió y la alegría debe arcansá también a los presos...
- Tana. Eso está muy bien, si, señor; que también son hijos de Dios.
- Vihuela. Tana, tú a tu obligación.
- Celemin. O quédate y verás qué manguzá te sacudo.
- Tana. Haciendo mutis por la escalera.
Güeno, señor, que no la dejan a una ni preopinar.
- Celemin. Siga usted.
- Pepe. Bien, pues aquí el señó cura, que ya le conocerán ustés...
- Marianloo. ¿Quién no conoce a Mosén Puñales?
- Mosén Puñales. ¿Eh?
- Celemin. Marianico, que eso es mote.
- Marianico. ¿Mote?
- Celemin. Anda y vete tú también, so morros de mona.
- Marianloo. Güeno...
- Celemin. Y otra vez que tengas que nombrarlo le dices...

A Mosén.

- ¿Cómo se llama usted, Mosén Puñales?
- Mosén Puñales.** Me llamo Pérez, ¡repañó!
- Celemín.** Ya lo has oído.
- Mutis de Marianico por la izquierda.
- Usted disculpe, Mosén...
- Mosén Puñales.** ¡Hum!...
- Marcos.** En suma, que amén de una disertación jurídico penal a mi cargo, de una poesía que les leerá este vate...
- Lanuzá.** ¡Don Marcos, por Dios!
- Marcos.** Y de una plática de Mosén... Mosén Pérez, el señor capellán ha pensado que terminase la fiesta con una intervención de la afamada Jezabel, que nos cede su empresario, el señor don Pepe Caña... ¿usted es Caña?
- Pepe.** No señor, soy Mejía.
- Marcos.** Perdón; esto de poner anotaciones marginales en la filiación, es un constante compromiso para el que usa de la palabra.
- En la puerta aparece Matacuras, tipo mal encarado, esposado y cubiertos los hombros por una manía. Entrá seguido por un guardia civil y un cabo, en traje de camino y con capote.
- Mataouras.** Güenas tardes.
- Cabo.** Cállese usted.
- Al ver a don Marcos, el cabo y el guardia le saludan poniendo la mano izquierda en el hombro derecho.
- Marcos.** ¡Hola, cabo Perales! ¿Quién es este pájaro?
- Mataouras.** A los pájaros se les dá de beber, porque pa eso están los charcos.
- Guardia.** ¡Eh! El señor presidente de la Audiencia.

- Cabo.** Con permiso de ustedes, le hemos en-
trado para que le den un sorbo de agua.
- Melchora.** ¿Agua o vino?
- Matacuras.** Agua.
- Melchora hace mutis y vuelve con un jarro.
- Cabo.** A don Marcos.
- Es el procesado del lunes.
- Mosén Puñales.** ¿Cómo te llamas?
- Matacuras.** Manuel Expósito Santa María, pa ser
vir a Dios y a usted.
- Mosén Puñales se acerca y le tiende la mano
para que se la bese.
- Alias, Matacuras.
- Mosén Puñales.** Se le queda fijo, mirándole.
- Te advierto que a mí en la cárcel me
llaman Tronzapresos... Con que... besa.
- Matacuras.** Después de una pausa, le besa la mano.
- ¡Gracias a Dios que voy a encontrar
en la cárcel uno de los míos!
- Melchora.** Saliendo.
- ¡El agua!
- Lanuzá.** ¿Por qué está usted procesado?
- Matacuras.** Por robo.
- Marcos.** En despoblado, con fractura y reinci-
dente.
- Matacuras.** Pero sin pruebas,
- Marcos.** Tres billetes marcados por el dueño
del molino.
- Matacuras.** ¡Billetes! Que no los quieren ni en el
Banco.
- Cabo.** Señor presidente, con su permiso...
Este es un hablador y nos lo llevamos.
- Marcos.** Sí, sí, vayan.

- Mosén Puñales.** Y mañana me vas a decir en tu celda eso de Matacuras.
- Matacuras.** Si usted quiere, ahora mismo.
- Mosén Puñales.** Recogiéndose los manteos y apretando los puños.
¡Puñales! Vamos.
- Marcos.** Por Dios, capellán.
- Matacuras.** Choque usted, padre.
- Mosén Puñales.** Le da la mano.
Anda, desgraciao; que no tenéis más que mala crianza y unos curas de pueblo que no os desloman de cuando en cuando.
- Matacuras.** Señor Presidente; reconózcame como un amigo.
Le alarga la mano.
- Marcos.** ¡Bueno!
- Matacuras.** Le da la mano de mal talante.
¡Y a ver como se porta usted con los amigos!
- Mutis por el foro, con el cabo y el guardia civil.
- Pepe.** ¡Buen pájaro de cuenta!
- Mosén Puñales.** ¡Un *gurrión*!
- Marcos.** Bueno, señor don Pepe...
- Mosén Puñales.** Nos ha molido don Pepe, con el paseo...
- Pepe.** Señores, yo...
- Lanuz.** ¿Y no será Jezabel una alucinación de su espíritu?
- Pepe.** ¿Una alucinación? ¡Pocha es la niña!
¡Pocha! Si ostés la hubieran tenío así a la vera más de tres cuartos de hora... la diñan. En su casa tóo es orientá: cortinajes, otomana, cojines, una mesa de té que paese una catedrá musárabe; unos jarrones de Talavera de Damasco... ¡ná!... ¡Postín!

- Mosén Puñales. Este Pepe Caña, es un coplero.
Pepe. Le he dicho a osté, Mosén Puñales, que yo soy Mejía.
- Mosén Puñales. ¡Y yo soy el Comendador! ¡Repuñales!
Melchora. Siga usté, don Pepe.
Vihuela. Ya te entiendo.
Pepe. Pues ná... que esa mujé es la jaca más postinera de los Madriles. Una niña tié de cinco años...
- Melchora. ¿Una niña? ¡Jesús!
Pepe. ¡Y de casi nadie! Der duque de Maja-dahonda; ese que juega al polo con el Rey, como Dió...
- Melchora. ¡Virgen del Pilar!
Vihuela. Anda, Melchora...
Pepe. Pero aguarde-osté, que a mí me han dicho que la niña no es der duque, sino der Farolitos; ese portento de toreraso que hase la suerte der babero como los ángeles...
- Mosén Puñales. ¡Cuerno! Deje usté a Dios y a los ángeles...
Pepe. Digo, osté perdone, que Dió no sabe torear.
- Mosén Puñales. Dios lo sabe todo, y mejor que nadie... ¡Repañó!
- Marcos. Vámonos, señores. A los posaderos.
Ustedes perdonen el error.
- Celemín. ¡Vayan con Dios! Y aquí tienen su casa pa lo que gusten mandar...
- Mosén Puñales. Gracias, tío Celemín, digo... ¡Ya está dicho! Llámeme usté Mosén Puñales, y en paz.
- El tío Celemín los acompaña hasta la puerta. Salen don Marcos, Mosén Puñales, Pepe Caña y Lanuza.

Melchora. ¡Es ella, tía Vihuela!
Vihuela. ¡Mujer!
Melchora. ¡Es una perdia!
Vihuela. Vamos pa adentro, Melchora.
Melchora. ¡Una niña con un duque!
Vihuela. ¡Qué vergüenza! ¡Si al menos fuera
verdá lo del Farolitos!...

Las dos mujeres hacen mutis por la escalera.

Celemín. Maño, vienes desbocao.
Al aparecer Garrapata, jadeante y sudoroso,
con la faja caída. Entra con el tío Celemín.

Garrapata. Tío Celemín... venga usté... ¿Y Ma-
rianico?

Celemín. En la cuadra.

Garrapata. A gritos.

¡Marianico!

Celemín. ¿Pero que te pasa, moño?

Marianico. Entrando por la izquierda.

¿Quién me llama?

Garrapata. Yo... yo... Marianico... Yo, tío Celemín.

¿Hay alguien en la cuadra?

Marianico. Ahí está Trenzaera.

Garrapata. ¡Trenzaera!

Trenzaera. Dentro.

Va...

Garrapata. Anda, mostillo, que es una urgencia.

Trenzaera. Entra con un cabezón en la mano.

¡Hombre, le estaba quitando el cabezón
a la Canóniga! ¿Qué ocurre?

Garrapata. Veréis... veréis...

Marianico. Amos, revienta...

Garrapata. Vosotros sabéis que yo desde que salí
del cuartel licenciaio estoy en la estación
del Sepulcro ocupándome de la descarga.

Marianico. A tí siempre te ha tirao la fusilería.

Garrapata. Cállate, hombre. ¿Lo ve usté, tío Cele-

- min? Así no acabo nunca. ¿Dónde estábamos?
- Trenzaera. Estabas en la estación.
Garrapata. Eso, que me dan treinta riales y manos puercas.
- Celemin. Se apoya en el hombro del tío Celemin.
Tú, manos [puercas; apóyate en Trenzaera que es de Tauste.
- Trenzaera. ¿Y qué tié que ver Tauste con el jabón?
Garrapata. Callarsus, hombre. ¿Ves tú, Marianico?
Marianico. Habla seguío, rediez.
Garrapata. ¡Si os váis a caer de espaldas!
Trenzaera. Pero, ¿acabas?
Garrapata. Pues estaba yo en la estación descargando bultos de un vagón de esos cerraos...
- Trenzaera. ¿De qué color?
Garrapata. De color de morros de arriero, rediosla.
Celemin. Pero no te apures, Garrapata.
Garrapata. Si la culpa es de ese cabezón de Trenzaera.
- Trenzaera. Tira el cabezón al suelo.
Garrapata. ¡Hala! Ya no te estorba el cabezón.
Pues güeno; salía yo con un bulto en la caeza derecho pa el carro, cuando oigo una voz que va y me dice: ¡Garrapata! y me güelvo y... ¡vamos! Creí que daba con la caeza en el techo.
- Marianico. ¡Que se te hinchó el bulto!
Garrapata. ¡Cá! ¿A que no adivináis quién era?
Celemin. Mía Garrapata que te has traío un güen rompecaezas.
- Garrapata. ¡Celipe!
Todos. ¿Celipe?
Garrapata. ¡Celipe!
- Pausa.
- ¡Celipe!

Celemín. ¿Y dónde te lo has dejao, so ceporro?
Garrapata. Me le tiré al cuello y le dí un abrazo que sacó un tanto así de lengua. «¡Hola Celipe!» «¡Hola Garrapatilla!» «¿Cuándo has llegao?» «Ahora mismo. De Barcelona. Ayer desembarqué.» «Pero, ¿cómo no saben ná en el arrabal?» «Cállate, maño. Que vengo desconsolao. ¿Es que se ha muerto la...?» Y, de pronto, se pone más amarillo que el Cristo de la Seo, y me da un empetón y sale corriendo detrás de un coche. ¡Y, pum!..

Marianloo. ¡Un tiro!
Garrapata. Desaparece.
Celemin. ¿Pero tú estás seguro de que era Celipe?
Garrapata. ¡A ver si cree usted que yo soy sonambulante!

Celemín. Voy a decírselo a la Melchora, moño.
Garrapata. Y dígale usted que viene mu remajo, con una caena de reló que, a querer, también le serviría pa colgar el tocino. ¡Virgen, qué caenica!

Mutis del tío Celemin por la derecha.

Marianloo. Oye, Trenzaera... Si es verdá lo que cuenta Garrapata, mos hemos caído.

Garrapata. ¿Por qué!

Marianloo. Porque Celipe al marcharse mos dijo: «Ahí quea esa rondalla, maños, que es el gallico del arrabal. A ver si sus dejáis que sus pisen».

Trenzaera. Y mos han pisao.

Marianloo. ¡Cómo! Mos han aplastao las patas.

Trenzaera. Es que va pa cuatro años que no hemos cogió las vihuelas.

Marianloo. ¿Te atreverías a inventar una historia?

Trenzaera. Pa historias, éste.

- Marianico.** Pero calla, que mejor que una historia es una componenda. Mos ensayamos un ratico y esta noche salimos de ronda y decimos: «¡Amos ande ayer!»
- Trenzaera.** Manos a la obra.
- Marianico.** Tú, Garrapata: bájate mi guitarrico que está en el armario de la loza.
Mutis de Garrapata por la derecha.
- Trenzaera.** Y suerte que yo tengo mi vihuela en el pajar.
Mutis por la izquierda.
- Marianico.** Cogiendo la guitarra que antes tocó Manolico.
Y esta es la de Celipe, que mi agüelo la llama «el órgano del Pilar», porque dice que no hay otra más sonadora.
- Trenzaera.** Entra con su guitarra.
Ya estamos. Total que no le faltan más que dos cuerdas, pero no te apures...
- Marianico.** ¿Por qué?
- Trenzaera.** Porque a tu guitarrico le debe faltar hasta el bujero.
Entra Garrapata con su guitarrico.
- Marianico.** Y tú, Garrapata, a ver si a la noche queas mal.
- Garrapata.** Descudia.
- Marianico.** Alante y templando.
- MUSICA**
- Trenzaera.** Esto está mu bajo.
- Marianico.** No pueo subir.
- Garrapata.** Coge la escalera.
- Marianico.** ¡Que te doy así!
Es que las clavijas se han agarrotao.
- Trenzaera.** Anda, Marianico, que yo ya he templao.

Los tres. Con el riquirriqui,
riquirriquitrón.
¡Allá vá!

Con el riquirriqui,
riquirriquitrón.

¡Buena vá!

Con el riquirriqui,
riquirriquitrón.

La rondalla
de más sombra
de Aragón.

Marianico. Esta noche, Baltasara,
por tu calle pasaré;

no te acuestes a las ocho
u levántate a las diez.

Como está la noche oscura
y no llevo un mal farol,
cuando escuches un rebuzno,
el que rebuzna soy yo.

Los tres. Con el riquirriqui,
riquirriquitrón...

etc, etc.

Garrapata. Ya estás acostá,
morení, morení,

morenica mfa,

aunque desvelá,

porque está, porque está,

porque estabas fría.

Sal a tu balcón,

morení, morení,

morenica guapa,

sal desarropá,

que el carí, que el carí,

que el cariño tapa.

Los tres. Con el riquirriqui,

riquiriquitrón...
etc, etc.

Trenzaera. Llevo a la ronda alpargatas,
aunque también tengo botas,
pa que no se entere naide
de que mi cuerpo te ronda.
Ten afinao el oido
pa que me sientas pasar,
porque como no te asomes
te voy a dar tres patás.

Los tres. Con el riquiriqui,
riquiriquitrón...
etc, etc.

Todo el número lo cantan haciendo evoluciones como si fueran de ronda, parándose al «echar» la copla, Marianico y Trenzaera.

HABLADO

Trenzaera. Yo creo que no quearemos mal.
Marianico. Quearemos pior, porque a Celipe le pasa con los pasos-dobles, lo que a mi con las alvellanas... que se me hinchan los pies...

Garrapata. Entonces...
Marianico. Celipe no quí mas que jota, y jota y rejota. La fematera, la morruda, la patriótica, la que queráis; pero jota.

Trenzaera. Pues, amos con la de los rondaores...
Garrapata. Amos.
Marianico. Alante con ella.

MUSICA

Los tres. A la jota, jota
de los rondaores,
que es la de las penas
y de los amores.

Jota, jotica maja,
jota del arrabal,
en toa la ribera
no hay otra jota igual.

Felipe. Dentro y acercándose.

Porque te quise y te quiero
te llevo en el corazón
y te canto mis quereres
con la jota de Aragón.

Garrapata. ¿Lo habeis escuchao?
Marianloo. ¡Cómo me he quedao!
Trenzaera. No se me despinta.
Garrapata. No sus he engañaio.

Entra Felipe vistiendo sencilla y correctamente
con traje de americana cerrada y boina.

Felipe. ¡Maños!

Los tres. ¡Mañico!

Felipe. Vengan los brazos.
Me dan la vida
vuestros abrazos.

Marianloo. Vienes a punto.

Trenzaera. Vienes mu güeno.

Garrapata. Más elegante.

Marianloo. Y más moreno.

Felipe. Cogiendo la guitarra que tenía Garrapata.

Compañero déjame
la guitarra mía,
que a mis ojos viéndola
vuelve la alegría.

Los tres. Desde que te fuíste,
que no se reía.

Felipe. Guitarra,
guitarra bizarra,
guitarra española,

guitarra mía:
tu canto
que es fuerte y es santo,
lo sabes tu sola,
guitarra mía.

En la pena y la alegría
es la dulce compañera,
porque a la risa da vuelos
y las lágrimas consuela.
Al arrullo de tu canto
me dormía aquella santa,
al lao de aquel Santo Cristo
en una cunica blanca.

Y contigo canté mis amores
a la moza que yo festejaba,
y parece que tu le decías,
lo que yo con mi voz no acertaba.
Guitarra,
guitarra bizarra,
guitarra española,
guitarra mía.

Dame, dame tu dulce suspiro,
guitarra, que sabes mis coplas,
pa que vayan el tuyo y el mío
de la mano a buscar a mi novia.

¡Guitarra,
guitarra bizarra
guitarra española!

HABLADO

Trenzaera.
Marianico.
Garrapata.

¿Y ahora qué dices tú, Marianico?
¡Que viva el Arrabal!
¡Y la Virgen del Pilar de Zaragoza, me
caso en diez!

Todos abrazan a Felipe con gran calor.

- Felipe. Bueno, maños, ya está bien. ¿Y mi hermana?
- Marianico. ¿La Melchora?
- Felipe. Si. He visto mi casa cerrada. ¡Como no me esperan!...
- Marianico. Por arriba está.
- Felipe. Y... y mi... sobrina.
- Trenzaera. ¿La Pilara? Pues verás...
- Marianico. Tapándole la boca.
- Güena.
- Trenzaera. Eso, güena. Por... por ahí anda.
- A Marianico que le estaba mirando intranquilo.
- ¿Qué te crees tú, so alguacil, que nadie más que tú es diplomático?
- Felipe. Maños, maños... que no os entiendo... que va a ser verdá lo que yo me recelaba al no escribirme nunca... que va a ser ella la que he visto al salir de la estación muy bien puesta y con una chiquitica al lao... ¡Se ha casao!
- Marianico. No, hombre, no.
- Trenzaera. Palabra que no. ¡Míalas aquí!
- Jurando.
- Felipe. Respiro. Porque... ¡vaya!, vosotros debéis saberlo. La Pilar era mi prometida, aunque no lo sabía nadie más que ella y yo.
- Marianico. Pus respira que no se ha casao. ¿Verdá que no?
- Trenzaera. Que no, ea.
- Felipe. Cuando me encontré contigo, perdona Garrapata, vi saltar del tren de Madrí a una buena moza que... ¡lo que es el deseo!, pa mí tenía toa su cara. Te dejé boquiabierto y salí tras ella. La adelanté, la

miré, fui a hablarla y la vi que bajaba los ojos y volvía una esquina tirando de la niña pa coger un coche. Entonces me fijé que era más gruesa y que... llevaba el pelo cortao por aquí...

Indicando la altura de las orejas.
Y la Pilar tiene una mata de pelo... que no es pa dicho.

Trenzaera. Pues adivina, adivinanza...

Marianico. Calla, tocino.

Felipe. Marianico... Trenzaera...

Con la duda reflejada en el rostro.

Marianico. Felipe... no mos preguntes...

Felipe. ¡Se ha muerto!

Trenzaera. Pior.

Felipe. ¿Peor que muerta?

Trenzaera. Pior, pior...

Marianico le tira una banqueta.

Marianico. ¡Boca de hacha!

Felipe. ¡Vaya... decidlo! ¿Qué ha sido de la Pilar?

Garrapata. ¡Que se ha escapao!

Felipe. ¿Eh?... ¡Melchora! ¡Melchora!

Sale corriendo por la escalera.

Melchora. Dentro y un poco lejos,

¡Celipe!...

Trenzaera. Dándole una bofetada a Marianico,

Toma: pa que tires peladillas con patas.

Marianico. ¡Cristo! ¿Qué me has dao?

Trenzaera. Una chuleta pa que te nutras, maño.

Garrapata. ¡A ver si armais ahora una cuestión!

Marianico. Ahora lo que hay que procurar es quitarle a Celipe el amargor.

Trenzaera. ¿Con confituras?

Marianico. Con lo que sea. ¿Qué se te ocurre a ti?

A Garrapata.

MUSICA

Pilar. Apareciendo por la puerta de la calle. Trae de la mano a Pilarcita.

¡Zaragoza, tierra mía!

¡Quién pensara

que a mi tierra volvería
ocultándome la cara!

¡Zaragoza!

Ya no soy la que antes era;
ya no soy aquella moza
parlotera.

Se acerca a una de las ventanas del fondo.
¿Por qué miran mis ojos hacia allá,
si aquel nido de amor cerrado está?

A Pilarcita.

Mira,

nena de mi alma,
mira cómo luce
mi casita blanca.

Mira,

mira aquella puerta.
Fué la que tu madre
vió cerrar con pena.

Vuelve
tu mirada limpia
para ver el soto
donde yo reía.

Nunca

yo pensé, mi cielo,
que al volver contigo
lloraría al verlo.

—
¡Zaragoza, tierra mía!

Ya no soy la que antes era;
¡ya no soy aquella moza
parlotera!

HABLADO

- Tana. Sale por la escalera sin ver a Pilar por lo pronto.
¡Qué par y medio de mostillos!
- Pilar. ¡Tana!
- Tana. Asustada al oír la voz.
¡Ay, qué susto me ha dao la señori...!
Reconociéndola.
¡Ay!
- Pilar. ¡Tana, soy la Pilar!...
- Tana. La Pi... Pi... Pi... Pi...
- Pilar. No te asustes, mujer.
- Tana. La Pi... Pi... ¡La Pilar! Y esta ca... ca... cachorrilla, tu...
- Pilar. Mi hija.
- Tana. Su hija... ¡Re... diez! Su... ¡Su hija! Gua... gua... gua... guapa. ¿Co... co... cómo te llamas?
- Pilarcita. Pilar.
- Tana. Tam... tam... también. Ve... ve... véte, Pilar.
- Pilar. ¿Cómo?
- Tana. ¡Vete... haz el favor!...
- Pilar. Mi tía Melchora...
- Tana. Arriba... arriba...
- Pilar. Con alegría.
¿Arriba? Vamos, nena...
- Tana. Cerrándola el paso.
¡No! ¡no!
Llamande.
¡Tía Melchora!...
- Pilar. Calla.
- Tana. ¡Tía Melchora! No subas, Pilar... ¡Tía Melchora!...
- Pilar. ¿Pero por qué?
- Tana. Porque está... está...
- Pilar. ¿Cómo está?

- Tana. ¡Está Celipe!
Pilar. ¿Felipe? ¿Es verdad?
Melchora. Saliendo por la escalera.
¿Qué pasa, alborotaora...?
Viendo a Pilar.
- ¡Tú!
Pilar. ¡Tía!
Echándose a sus pies.
Melchora. Reponiéndose y con severidad.
Lo mismo digo.
Suena una bocina de automóvil.
- Pilar. Escúcheme... ¡Por mi hija...
Melchora. Cogiendo a la niña de la mano y dándole un beso.
¡Pobretica!
Pilar. Llame a Felipe...
Melchora. ¡No!
Tana. Le llamo yo.
Aparte y haciendo mutis por la escalera.
- Melchora. Loca, perdía.
Pilar. No me condene... Déjeme hablar con usted y con Felipe...
Entran por el foro Pepe Caña, un flamenco tocador de guitarra y un señorito.
Y decían que no, mardita sea...
- Pepe. ¡Don Pepe!
Pilar. ¡Jezabel de mi arma! ¿Qué haces aquí,
Pepe. chiquilla? Una artista de tu postín no puede vivir en esta cuadra.
- Pilar. Déjeme usted en mi casa.
Señorito. ¿Su casa?
Melchora. Miente, miente... Esta no es su casa.
Pilar. Aquella.
Señalando al exterior.
- Melchora. Ni aquella.
Pepe. Tienes habitaciones en er Continentá...
Tienes un auto a la puerta... Los armi-

- raores... la Prensa te aguardan... A las
dié er debut... Vamos.
- Pilar. Pausa.
Vamos. Ven, Pilarcita.
- Melchora. No, ésta no. Déjamela aquí, que es
muy joven pa andar entre señóricos.
- Pilar. Tiene razón.
Le da un beso a la niña.
¡Vamos!
Sale mordiendo un pañuelo con pena e ira.
- Pepe. Buenas tardes.
- Flamenco. A la pá e Dió.
Salen los tres hombres por el foro.
- Pilarcita.
¡Mamá! ¡Mamá!
- Melchora. No te asustes, maja. Luego vendrá.
Vamos a jugar mucho, ¿quieres?
- Pilarcita.
¡Mamá!
- Felipe. Entra Felipe por la escalera como una exhalación.
¡Pilar!
Llegan por el foro Marianico, Trenzaera y
Garrapata.
- Melchora. Se ha marchao. A su mundo. A su vida.
- Felipe. No. Pilar... ¡Pilar!
Acudiendo a la puerta. Suena la bocina del
automóvil.
- Marianico. ¡Cuidao! ¡La mejor cantaora del arra-
bal!
- Felipe. Cayendo en brazos de sus amigos.
¡Y la mujer más buena del mundo!

MÚSICA

- Por el fondo se oye un gran bullicio. Felipe
desasiéndose de los amigos, se va por la derecha.
- Marianico. Ya están aquí.
Maños, andar.
- Trenzaera. ¿Dónde está el vino?
- Marianico. Mírale allá.

Los dos y Garrapata se acercan al rincón del foro izquierda, de donde cogen jarras y un cántaro o pellejo del que vierten el vino en las jarras. Entre tanto, por el foro, entra un nutrido grupo de gente: hombres, mujeres y chicos. Una rondalla de guitarras y bandurrias aparece en primer término. Entre los recién llegados se destacan Miguel y tres parejas de baile, vistiendo éstas trajes típicos. La novia y el novio vienen con ellos.

Todos. La boda de la Tomasa
será una boda famosa,
porque se come y se bebe
mejor que en ninguna boda.

Unos. ¡Viva la Tomasa
que es la que se casa!

Otros. ¡Viva Sinforoso
que es el fiel esposo!

Otros. ¡Viva la madrina
que es la Victorina!

Todos. ¡Y viva el padrino
que es quien paga el vino!

Marianico. Pasar y sentaros,
bailar los danzantes
y los cantaores
echaros p' delante.
Vosotros, mañicos,
templar las guitarras
y tós arrimemos
el morro a la jarra.

Bebe, mientras le vitorean todos.

Felipe.

Saliendo.

¿Por qué, Marianico,
me traes a esta gente?

Marianico. Pa ver si te olvidas
de aquél *incidente*.

Se han colocado a la izquierda los de la rondalla; a la derecha los novios, Melchora, Felipe y Miguel. El resto del acompañamiento se sienta alrededor de la portalada. Los bailarores salen

- al centro de la escena. Marianico, Trezaera y Garrapata van corriendo las jarras de vino entre la concurrencia. Empieza a tocar la rondalla y las parejas bailan la jota. Los demás las animan con frases oportunas.
- Marianico. A los que bailan.
Andar, maños, a ver si bordáis una araña con los piés.
- Trezaera. Idem.
Míala, míala, que se l'ha descosío el refajo.
- Marianico. Idem.
¡Viva la jota de Aragón y las bailadoras que no se le caen las calcetas!
- Garrapata. ¡Y decía la Baltasara que pa ella no eran los movimientos!
- Trezaera. Jerónima: no me mires de reojo, que te vas a pisar la trezaera...
- Marianico. A tiempo.
¡Venga, Celipe, una copla de las tuyas!
- Felipe. Cantando.
El corazón se me parte
de pena porque te quiero,
al ver que estás en el mundo
y que pa mí ya te has muerto.
- Marianico. Recitado mientras bailan.
Celipe, no amueles, que pa esto no hemos armao el tiberío.
- Melohora. A la niña
¿Te gusta la jotica?
- Trezaera. Amos, Celipe, una de las de ida y güelta.
- Felipe. Dila tú, Trezaera, que estarás de humor.
- Trezaera. Pero tengo *inginias*.
- Garrapata. ¡Dale que te pego, Manolica, y venga el pespunteao!

Trenzaera. ¡Arza p'arriba con las patas, que no
mira Mosén Tiliscopio!

Marianco.

Miguel, no nos dejes mal.

A tiempo.

Miguel.

Porque tú lo pides.

Cantando.

Todos.

«De Epila ni de Gallur...
No es la maña que yo quiero
de Epila ni de Gallur...
que las mañas que me gustan
son las de Calatayud.»

Sigue el baile con gran algazara hasta caer el
telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del primer acto. Es de noche. Un gran farol, encendido, en el centro de la escena.

Melchora y la tía Vihuela entran y salen en la segunda de la derecha, en cuyo interior se supone que están registrando un baúl. El tío Celemin, en escena, tuma un cigarrillo, filosóficamente.

Melchora.

Alumbre ustedé, tía Vigüela.

Vihuela.

Aguarda.

Se dirige a la puerta de primer término derecha.

¡Tana! ¡Tana!

Tana.

Entrando por la primera derecha.

Aquí estoy.

Vihuela.

¿Qué haces?

Tana.

Jubando con la niña de la Pilara.

Melchora.

Que no la des más confituras, que no la hagan mal.

Tana.

¡Y poco laminera que es...!

Vihuela.

Oye tú..... Estate con cuidao en la

puerta y, si alguien viene, corres a avisarnos, no se nos cuelen aquí de rondón.

Tana. Güeno. Mutis por el foro.

Celemín. ¿Y no era mejor que dejaseis de registrar el mundo? ¡Moño, toas las mujeres seís lo mismo!...

Melchora. Pero ¿es que su tía no tiene derecho a saber los secretos de la Pilara?

Celemín. Mejor era que se los preguntases. Y no, que te has negao a oíla y hablala y ahora te metes en sus interioridades.

Melchora. Que no se hubiá escapao de mi casa... Perdía...

Celemín. Eso no lo sabemos, Melchora.

Vihuela. Pues ¿y esa hija?

Celemín. ¡Moño, que tú has tenío once chicos!

Vihuela. Pero me he casao contigo.

Celemín. Después.

Vihuela. Como Dios manda.

Celemín. Güeno.

Melchora. ¡Ay, tío Celemín! Tarda Marianico. ¿No se habrá equivocao ese cabeza a «pajaros»?

Celemín. No, mujer, que demasiao sabe él donde está el Salón López de Vega.

Melchora. ¿La habrán aplaudido?

Celemín. No paece sino que te has quedao con ganas de ir.

Melchora. ¡Y me he quedao! ¡Miá que si no gustase!

Celemín. Entonces, ¿por qué te incomoas si la chica se hace cupletista?

Melchora. ¡Claro que me duele! Y quisiera que en el teatro no hubiea estao nadie más que yo pa darle una pitada yo sola; pero que

se la dieran los demás... ¡Vaya! No quiero pensarlo.

Vihuela. Volviendo a salir.

¿Has visto esta cajica tan maja?

Melchora. ¿A ver? Mi retrato... y el de mi Felipe.
Y uno de ella... que... ¡Jesús, María y José!

Celemin. Acercándose.

¿A verla?

Vihuela. ¿Está en traje de baño?

Celemin. No mujer, de lintijuelas.

Melchora. ¡Sin mangas, tía Vihuela!

Celemin. Sin mangas... y ¡sin babero!

Tana. Entrando alterada

¡Tía Vigüela! ¡Melchora!

Celemin. ¿Qué?

Tana. ¡Que vienen!

Celemin se ha quedado con el retrato en la mano.

Melchora. ¿Es hombre o mujer?

Tana. Según.

Celemin. ¿Cómo según?

Tana. Porque es un cura: Mosén Puñales.

Melchora. ¿Mosén Puñales?

Entra Mosen por la derecha; viste de seglar con traje y abrigo negro.

Mosen. El mismo.

Melchora. ¿Y qué trae usted por aquí, señor cura?

Mosen. Traigo once gatos en la barriga y un almacén de puñetazos sin estrenar. ¿Con que la Jezabel nos ha resultao tu Pilar?

Tana. Muy contenta.

Si señor. ¿Ha visto usted qué suerte?

Mosen. Chica, lárgate.

Vihuela. Anda afuera, borrica.

Tana. Allá voy.

Haciendo mutis por el foro.

- No sé qué quedarán.
- Mosen. ¿Con que cupletera aquella piacica de mujer que nos creimos que iba pa monja, según lo que aparentaba su exterior?
- Celemin. Fíese usted de exteriores, Mosen.
- Mosen. Yo qué voy a fiarme, si ves una casa tan callaica, con su celosía en la puerta, y luego resulta que es un prostíbulo.
- Vihuela. Y ¿qué es eso?
- Celemin. Moño, un prostíbulo; donde dan garrote a los creminales.
- Mosen. Se sienta.
- Dejadme que me siente...
- Melchora. Sí señor...
- Mosen. Porque vengo...
- Melchora. Ya, ya... Con el disgusto de que nos haya salío así esa pécora.
- Mosen. Y, si al menos fuera una cupletera como Dios manda...
- Melchora. ¿Eh?
- Mosen. Y no una pavisosa, que ni canta, ni baila, ni ná.
- Melchora. ¿Que no canta mi Pilar?
- Mosen. Que no canta, que le han dao una grita que... ¡puñales!, eso no se lo perdono.
- Melchora. No pué ser, señor cura.
- Mosen. Pues es.
- Melchora. Se lo habrá dicho a usté algún mer-muraor envidioso y ladrón.
- Mosen. ¡Puñales! ¡Que lo he visto yo!
- Celemin. ¿Usté?
- Melchora. ¿Usté ha ido al Salón López de Vega?
- Mosen. A ver si lo que cantaba esa gorriona podían oirlo los presos.
- Melchora. ¡Ay... cuéntelo usted, señor cura! ¡Gritarle a mi Pilar!...

- Mosen. Pues salió la pobretica a medio vestir y la recibimos con palmas y ramos.
- Melchora. ¡Olé!
- Mosen. ¡Olé! Se adelantó así a las candilejas y dió un trapiés... ¡Y nos reímos!
- Melchora. ¿Usted también? Amenazadora.
- Mosen. Yo también... perdona
- Melchora. Siga usted.
- Mosen. Se encaró con el pianista que era un joven con el pelo largo y una levita entallada y le dijo: «Mal hombre». Yo le hubiera dicho más. Pero él tan fresco. Levantó el brazo y rompieron a tocar los cinco del sexteto y el pianista. Y éste que le agitaba la melena, así como si fuera a embestir... y ella ¡nada! Clavaica en su sitio, con los ojos en blanco... y que no entraba. Y el público... que nos impacientamos...
- Melchora. ¿Usted también?
- Mosen. También... Hasta que ya empiezan todos a tesar y uno estornuda, y otro dice ¡miau! y ella arranca. Y no hace más que decir: «Eres un charrán, Juan, Juan»... siempre encarándose con el pianista... y de repente se echa a llorar como una Magdalena... y a recular como una mula falsa... y se va... ¡Y hasta ahora!
- Melchora. No siga usted, Mosén.
- Mosen. Cuando yo salí del salón, habían roto más de cuarenta sillas... Todos estaban roncós de chillar...
- Melchora. ¿Usted también?
- Mosen. También... porque si a mí me dejan entrar en el proscenio, me oye. «¿Para eso ha

salido, mostilla? No me digas que eres de Zaragoza, ni que te llamas Pilar, ni que eres catecúmena de Mosén Puñales... ¡repuñales!

Tana.

Dentro.

¡Viva Dios! ¡Tía Melchora!... ¡Tío Celemin!...

Entrando.

Ya están ahí...

Celemin.

¿Quienes?

Tana.

Marianico, Trenzaera y Garrapata.

Mutis.

Celemin.

Que vienen también del lugar del crimen.

Mosen.

No les digais que he estao yo, que son jóvenes y todo lo toman por mala parte.

Entran Marianico, Trenzaera y Garrapata, fingiendo una gran alegría.

Marianico.

¡Tía Melchora! Estése tranquila.

Garrapata.

¡Triunfo! ¡Triunfo!

Trenzaera.

¡Mejor que triunfo!

Celemin.

¿Mejor que triunfo?

Mosen.

Como no sea brisca...

Marianico.

¡Vaya una cancionista emocionante!

Trenzaera.

Venimos traspasaos.

Cada uno deja asomar por la faja un trozo de silla.

Marianico.

¡Ah! ¿No se alegran?

Trenzaera.

¡Claro! Como la tía Melchora le lleva tan a mal la profesión...

Marianico.

Pero ya puede estar tranquila, que debates como el suyo se han visto pocos, ¿verdá?

Trenzaera.

La empresa lo recordará toa la vida.

Garrapata.

¡Eso!

Trenzaera.

¿Lo cuento?

- Mosen. Sí, hombre, cuéntalo. Trenzaera, duda
- Garrapata. ¡Ha sido una hipotenusa!
- Trenzaera. ¡Una hipercloridia!
- Marianico. ¿Pero no se alegra usted, tía Melchora?
- Melchora. Bien sabes tú que no pueo alegrarme.
- Trenzaera. ¡Anda... y no lo creen!
- Marianico. Si usted la oye aquello de... «Eres un charrán, Juan, Juan», que es lo mismo que cantó la Raquel en su despedida, se le caen las lágrimas.
- Mosen. Y a ella.
- Marianico. Y a ella, si señor. A Celemin.
- Mosen. Verás ahora. A Marianico.
- De eso de «Eres un charrán, Juan, Juan»... estamos al corriente... Pero ¿cómo ha seguido luego?
- Marianico. ¿Eh? ¿Que cómo ha seguido? A Trenzaera.
- Oye tú. A nosotros con trampa.
- Trenzaera. Pues va usted a ver cómo siguió. ¡Vaya un sentimiento! ¡Tú, Garrapata! Y tú... Acompañarme en el sentimiento.

MÚSICA

- Trenzaera. Eres un charrán.
- Marianico y Garrapata. } ¡Juan, Juan!
- Trenzaera. } No tienes perdón.
- Marianico y Garrapata. } ¡Din, dón!
- Trenzaera. Esa charranada es cual puñalada en el corazón.

Marianico y } Y aunque bufas,
Garrapata. } y aunque gritas
no me quitas
la razón.

Los tres. } ¡Ladrón!
Trenzaera. } Te entregué lo que tú me pediste
y, como un bandolero, te fuiste
y, después de dos años, volviste
muy manso y muy triste
pidiendo perdón.

Los tres. } ¡Ladrón!
Trenzaera. } ¡Mala puñalá te peguen
en mitad del corazón!...

Los tres. } ¡O a lo menos en la tabla
del esternón!...

La Tana, que ha estado vigilante en la puerta del foro y ha tenido varias veces impulsos de intervenir en el número, no puede resistir más y se adelanta cantando.

Tana. } ¡Mal hombre!
Lo que has hecho conmigo
no tiene nombre.
¡Bandido!
No sé yo, mala sangre,
qué te has creído.
Si vienes
a que yo te mantenga,
tú vienes mal.
Yo no tengo cañamones
pa los pájaros de cuenta,
y, si el hambre te atormenta,
me es igual.
Cuándo te darán...

Trenzaera y }
Garrapata. } ¡Juan, Juan!

- Tana. Cuatro manguzás...
- Trenzaera y } ¡Zis, zás!
Garrapata. }
- Tana. Pa que tú te enteres
que con las mujeres
no se hacen guarrás.
- Marianico. } Aunque topes
Trenzaera y } con algunas
Garrapata. } que son unas
desgraciás.
- Los cuatro. } ¡Colás!
Tana. } Te burlaste de mi porque un día
me cogiste en un mal cuarto de hora
y no quieres pagarme tú ahora
como a una señora
se paga en razón.
- Los cuatro. } ¡Ladrón!
Tana. } ¡Que te den un jicarazo
de café con solimán!
- Los cuatro. O, a lo menos, un sorbete
de casa Juan...
¡Mal hombre!
Lo que has hecho conmigo, etc...

HABLADO

- Tana. Aplaude entusiasmada.
¡Ole, ole, ole!...
- Marianico. Güeno, nosotros no damos ni la menor
idea. ¡Hay que oirla a ella!
- Melohora. A Mosén.
¿De modo, Mosén... ¡Mosén Puñales!,
que ha venido usted a amargarnos la noche?
- Marianico. ¿Eh?

- Melchora. ¿Por que se pensó usted que a mi me podía halagar un fracaso?...
- Tana. ¿Quién habla de fracaso?
- Vihuela. Anda tú afuera, Tana.
- Tana. Marchándose por la derecha, de mal humor.
Ya está.
- Melchora. ¡Paece mentira! ¡Un presbítero!
- Trenzaera. Faltar, no, Melchora.
- Mosen. Que ha estado conteniéndose a duras penas.
¡Recontra puñales! ¡Que lo que yo he contao es el propio evangelio!
- Vihuela. ¿Y lo de las sillas?
- Mosen. ¡Míralas!
- Les saca de las fajas los trozos de sillas.
- Melchora. ¿Vosotros también?
- Amenazadora.
- Marianico. Yo le explicaré...
- Melchora. ¡Virgen del Pilar!
- Entregándose a su dolor, llorando.
- Trenzaera. ¡No llore usted, contra!
- Aparece Felipe en la puerta del foro.
- Marianico. ¡Celipe!
- Melchora. No digais ná...
- Rápidamente.
- Felipe. ¿Qué es eso, maños?
- Trenzaera. Aquí estamos... de festejo.
- Felipe. ¿Festejando con mi hermana?
- Trenzaera. Charloteando.
- Felipe. ¡Vamos, que dentro de nada será media noche y no debemos descuidar la ronda!
- Cruza hacia la derecha.
- Melchora. ¿Pero, vais a rondar?
- Felipe. ¿Por qué no? Con las coplas se van las penas, y con el frío se aplacan los malos pensamientos.

Melchora. Celipe...
Felipe. No tengas cuidado. Lo que estaba de Dios ha sucedido... y no hay que ir contra Dios.

Mosen. Bien.
Felipe. Conque... ¡arreando!

Marianico. ¡Arreando!
Felipe. Enseguida salgo.

Mutis por la primera derecha.

Trenzaera. Y que esta Nochegüena va a ser más soná que denguna. ¡Viva Herodes!

Marianico. Hasta luego.
Garrapata. Quédense con Dios.

Mutis de estos tres por el foro.

Melchora. También nos retiramos nosotros.
Mosen. Y yo me voy. ¡Ah! Hacedme el favor de decirle a esa chica.

Colemin. ¿A la Tana?

Mosen. A la Pilar... que no se moleste en ir mañana a la cárcel. Por más que, a lo mejor, la han llevao esta misma noche... Adiós.

Mutis por el foro.

Tana. Entra por la primera derecha con Pilarcita de la mano.

Vaya usted con Dios, Mosén...

Colemin. ¡Cudiao!

Pilarcita. Díselo, Tana.

Tana. Ya voy.

A Melchora.

Que se me ha ocurrido... que... No se me ha ocurrido a mí, ha sío a ella.

Vihuela. Alguna lagotería.

Tana. Que se me ha ocurrido explicarle la misa del gallo del Pilar, los villancicos, las panderetas.

- Pilarcita. Yo quiero ir.
Tana. ¿Vé usted como es cosa de ella?
Melchora. Pues sí que vamos a ir, porque mucho me temo que su madre se la lleve en seguida sin pasarla por la Virgen.
- Tana. Eso pensaba yo.
La niña salta de alegría.
- Melchora. Apáñala en un vuelo.
Tana. A la carrera.
Mutis de Tana y Pilarcita por la segunda derecha.
- Celemin. ¡Qué corazón el de esta Melchora!
Melchora. ¿Qué culpa tié la creatura?
Entra Trenzaera por el foro con la guitarra en la mano, templándola.
- Trenzaera. Aparte.
Ahora sí que no puedo andar con rodeos.
- Celemin. ¡Trenzaera!... ¿Qué traes?
Trenzaera. Pues... pues, ¿no lo vé usted, rediez?
¡La vigüela!
- Vihuela. Güeno hombre, no te atoroces.
Trenzaera. Y de paso...
Celemin. ¡Ah, ya!
Trenzaera. Una especie de embajá...
Melchora. ¿Una embajá, dices?
Trenzaera. Sí...
Vihuela. Pus arráncate, hombre.
Trenzaera. Aguarde usted que estoy pensando un cantar pa la ronda.
- Celemin. Que no sea tan cochino como el del año pasao.

- Trenzaera. ¡Jé! Este es... narrativo.
Melchora. Trenzaera, revienta.
Trenzaera. Fijarse bien. Rasguea,
Cantando.
«Ajuera está la Pilara
y que quié dormir aquí»...
Celemin. ¿Aquí?
Melchora. ¡La pobre!
Trenzaera. Y que quié hablar con su tía
¡y me lo ha encargao a raí!» Medio mutis.
- Melchora. Aguarda.
Trenzaera. Ya se ha acabao.
Melchora. Pues dile..... que pa dormir pué
entrar... A Celemin.
con la venfa de usté.
- Celemin. Ya lo creo.
Melchora. Porque esta es una posada donde tóo
el que paga con buen dinero, duermé.
Pero conmigo ni tié que hablar. ¿Te
enteras?
- Trenzaera. Si señora. Pero tóo eso no me va a
caber en una copla.
- Melchora. ¡Tana! ¡Tana! Mutis.
Sale esta.
- Ahí está la Pilar, Si deja a la niña,
abajo estoy. Pero no le digas que vaís
conmigo. Conmigo no pué ir esa.....
desgraciá.
- Tana. Gúeno, si señora. Mutis por la segunda derecha,
- Melchora. Vamos de aquí...
Celemin. Yo la recibiré si quieres.
Melchora. ¡Quién pudiera recibirla!
Mutis de los tres por la primera derecha,

Tana. Saliendo con Pilarcita por la segunda derecha. La niña trae un abrigo puesto.
Ven maja, que te apañe estos rizos.

Se pone a arreglarla

Güeno, cuando te vea la Virgen del Pilar te da un confite.

Pilarcita. ¿Y habla la Virgen?

Tana. ¡Que si habla! Pero hay que ser mu espabilá pa comprenderla.

Entra por el foro Pilar. Su aspecto demuestra un gran decaimiento.

Pilarcita. ¡Mamá, mamá!

Sale al encuentro de Pilar que la recoge en sus brazos, besándola en silencio largamente. Tana mira el cuadro asombrada y enternecida.

Tana. Aparte.

¡Y entavía mermuran de esta mujer! Lo que me choca es que lllore, porque si yo hubiá debrutao esta noche, entavía estoy bailando en el Coso.

Bailando.

Pilarcita. Díselo, Tana.

Suspendiendo el baile, medio asustado.

¿Qué? ¡Ah, sí! Oiga usted, señorita... Güeno, oye Pilar. ¿Me dejas de que lleve a la chica a la misa del gallo?

Pilar. ¿Estas loca, Tana?

Tana. Rematá, tiés razón.

Pilar. Por más que...

Tana. ¿Qué?

Pilar. Las tres iremos.

Tana. ¡No! ¡Eso, no!

Pilar. ¿Por qué?

Tana. No me preguntes. ¡Porque no! Si quiés, yo la llevo y te la pasa por la Virgen Manolico, el nieto del tío Celemin, que es infante; pero tú no vengas... Y no me hagas hablar...

- Pilarcita. Sí, sí.
Pilar. Bueno, llévatela. No quiero hacerte hablar... Bastante has dicho.
Tana. Te advierto que mejor cuidá que con quien la lleva...
Pilar. La tía Melchora.
Tana. ¡Cois! ¿Eres sonámbula? Pero no se lo vayas a icir..., ¡Que yo no he dicho na!...
Pilar. Vete tranquila, Tana. Besa a la niña.
Tana. Adiós, hijita.
Pilar. Vámonos, maja. Volviéndose desde la puerta.
Pilara... ¡por Dios!
Pilar. No pases azar.
Mutis Tana y Pilarcita por la primera derecha.
Connigo no quieren cuentas
Mutis por la segunda derecha.

MUSICA

Garrapata, Trenzaera y Marianico entran por el foro con sus guitarras, mientras suena el coro dentro y acercándose.

- Marianico. ¡Celipe!
Trenzaera. ¡Celipe!
Felipe. Por la primera derecha, destocado.
¿Qué hay, maños? ¿Qué rebullicio es ese?
Marianico. Casi ná.
Trenzaera. Toa la juventud del Arrabal que nos vamos pa Zaragoza.
Felipe. Yo no quiero jaleos. Quiero rondar.
Trenzaera. ¡Amos, no seas funerario, chiquio!
Garrapata. ¡Hay una de mozas con la cara de rosa!
Marianico. ¡Una de vigüelas!
Trenzaera. Y una de dos; o vienes o te güelves a

las Américas. ¡Aquí no se azmiten tristezas!

Felipe. Como queráis. Voy por la guitarra.
Trenzaera. ¡Viva el Niño Dios y su Madre!

Entran por el foro, alegremente, mozas y mozos y una rondalla de guitarras y bandurrias. Aquellos traen panderetas, zambombas, peroles y otros «instrumentos» ruidosos. Al frente de ellos viene Miguel.

CANTADO

Coro.

Entrando.

Esta noche es Nochebuena
y mañana, Navidad;
no me esperes, que esta noche
no es noche de festejar.

Miguel.

Esta noche nuestra voz
ha de unirse en un cantar
que pregone nuestra fé
en la Virgen del Pilar.
¡A cantar, muchachos!

Nochebuena zaragozana,
noche hermosa de Navidad:
bajo tu manto
de soberana
suene mi canto
de alegre fraternidad.

Coro.

Nochebuena zaragozana, etc.

Miguel.

Nochebuena de los pastores,
de los niños y de los viejos,
de recuerdos y de temores
por los soldados, que allá muy lejos
¡ay, Virgen mía!, por tí,
llenos de fé, van.

Coro.

Nochebuena de los pastores, etc.

Miguel. Virgen del Pilar hermosa,
a nuestros hermanos salva;
¡mira tú que están luchando
por el porvenir de España!

Coro. Virgen del Pilar hermosa, etc.

Quando termina la copla, todos los presentes prorrumpen en vivas e inician la marcha hacia la calle.

Mutación e intermedio musical ante una vista panorámica de Zaragoza, de noche, con el templo del Pilar, que proyecta su sombra sobre parte del caserío.

CUADRO SEGUNDO

Interior de la basílica del Pilar. En el fondo, a la izquierda, la capilla de la Virgen con la entrada principal en su centro. Un rompimiento limita la capilla, cuyo interior es practicable.

MUSICA

Por el fondo, algo lejano, se oye cantar a los infantes y demás voces de la capilla de música. Está concluyendo el credo de la misa del gallo.

Coro.

Interior

«Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam Confiteor unum baptisma in remissionem peccatorum. Et expecto resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi saeculo. Amén».

Durante este coro han salido por la derecha Pepe Caña, un flamenco y un señorito, naturalmente descubiertos; se han parado unos momentos ante la capilla, en plan de turistas, y han desaparecido por la izquierda. Poco después cruza Tana en la misma dirección, tocada con un pañuelo de hierbas. Al pasar por delante de la capilla, hace una genuflexión. Segundos después salen por la derecha Melchora y Pilarcita. Hablan en voz baja, como todos los personajes que intervienen en el cuadro.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

- Melchora. ¡Mírala!
Señalando en la capilla el rincón del fondo izquierda.
Aquella del manto.
- Pilarcita. Yo no la veo la cara.
- Melchora. Ni lo intentes, hija, que más de uno ha cegao por quererla ver las facciones. Con los ojos del alma hay que mirar y con el corazón pedirle sus dones, que en el Cielo, de cuantas vírgenes lo habitan, que son oncé mil y pico, ninguna milagrea como la del Pilar.
Por la izquierda vuelve Tana con Manolico, vestido ahora con la sotana y sobrepelliz de infante.
- Tana. Ya están aquí.
- Manolico. Güenas, tia Melchora.
- Tana. Por poco no le da premiso el señor chantre, que dice que a estas horas los mocosos deben estar en la cama.
- Melchora. Cállate, parlotera. Oye, Manolico, que ésta es mi sobrina y que la pases por la Virgen mu despacico.
- Manolico. Si señora.
- Melchora. Y que la réces tú un ave María, que ella no sabe.
- Tana. ¿Y sabes tú?
- Manolico. Y en latín... que es más corta.
Coge a Pilarcita en brazos y hace medio mutis por la entrada de la capilla.
- Melchora. Oye... y que no me la vayas a esparpanar.
- Manolico. Güeno. Otro medio mutis.
- Tana. Oye.... y de paso, toca esta medalla en el manto.

Se la entrega.

Manolico.
Melchora.

Abrevia, que me pesa demasiao.
Anda, maño.

Mutis de Manolico con la niña en brazos.
Melchora y Tana se arrodillan en la escalinata. Del fondo llega la voz de los infantes del coro.

CANTADO

Infantes.

Cantad pastorcillos,
cantad y bailad,
que, en medio de sombras
y de oscuridad,
el sol increado
se mira brillar.

Cantad pastorcillos,
cantad y bailad... (1).

Vuelve Manolico. Melchora y Tana lo reciben ya en pié.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

Manolico.

Descargándose.

¡Uf! ¡Maña!

Melchora.

Toma, quejicón.

Le da unas monedas.

Manolico.

Dios se lo aumente, tía Melchora.

Tana.

¿Y mi medalla?

Manolico.

Tenla.

La coge Tana.

Tana.

¿Tú no das ná?

Manolico.

Las gracias.

Yéndose por la izquierda

¡Digo! Si llego a tocarla...

Mutis

Melchora.
Pilarcita.

Vamos.
Yo quería otra vez.

(1) De un villancico clásico de Dionisio de Solís.

Melchiora. Mañana, hija.
Mutis por la derecha de las tres.

CANTADO

Infantes. La Virgen lava pañales Dentro.

y los tiende en el romero
y los pajaricos cantan
y el agua se va riendo.

Durante el cantar anterior ha salido por la derecha Pilar. Anda despacio, pensativa, triste, se dirige a la capilla y, al lado derecho de su entrada, se arrodilla dando el perfil al público. Por la izquierda, muy poco detrás de aquella, vuelven Pepe Caña, el Flamenco y el Señorito, que observan a Pilar.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

Flamenco. ¿No desía yo que era ella?
Pepe. Eya é la Jesabel.
Flamenco. Que habrá estao esaboría, pero es guapa.

Pepe. Cuidao, Cristóba.
Flamenco. Ahí la tié osté, una beata.

Señorito. Cuidao, señor Cristóbal.

Flamenco. Pos a esa Magdalena nos la yevamos en el auto de parranda.

Pepe. Vamos afuera, hombre.

Flamenco. Vamo... pero aluego verasté...

Mutis de los tres por la derecha. Pilar con los ojos ha esquivado las miradas de los hombres.

Vienen por la derecha, Felipe, Marianico, Trenzaera y Garrapata, con las guitarras al brazo.

Felipe. Colocándose por detrás de Pilar, mirando al interior de la capilla.

¡Ya la he visto! ¡Cuántas noches temí que no la vería más!

Trenzaera. Pues ahí la tiés, maño. ¡Siempre la misma! Ese manto es el que la regaló...

Viendo a Pilar, sobresaltado.

Vámonos.

Marianico.
Trenzaera.

¿Qué te pasa?

Tirando de ellos hacia la derecha

Vámonos, maños. ¡Que nos hemos colao con las vigüelas y esto es una falta de educación eclesiástica!

Pilar vuelve la cabeza al revuelo que producen ellos y Felipe la vé.

Felipe.
Pilar.

¡Ella!

Aparte.

¡Virgen mía!...

¡La Pilar!

Marianico.
Garrapata.
Trenzaera.

¡La misma!

Toma, toma... Pus ¿por qué sus echaba yo a la calle?

Felipe.

¡Ella a los pies de la Virgen, y llorando!... Dejarme solo, maños.

Marianico.
Felipe.

¡Celipe!

Dejarme he dicho... ¡Que una mujer que reza y llora... no es mala! ¡Dejarme!

Los otros tres hacen mutis por la derecha, mientras Felipe se rehace. Luego se acerca éste a Pilar, e inclinándose junto a ella, dice.

CANTADO

Felipe.
Pilar.

¡Pilar!... ¡Mi Pilar!

¡Felipe, por Dios!

Levantándose.

Felipe.

Respeto el lugar.

Lo que hemos de hablar muy bajo los dos, lo puén escuchar la Virgen y Dios.

Se apartan a un lado de la nave, a la derecha.

Dime, Pilar de mi vida, dime que no has sido mala,

que aquel cariño tan nuestro
no lo has arrancao del alma.
Dime que no te olvidaste
de tu deber pa conmigo...
que ante la Virgen no puedes
engañar al que te quiso.

Pilar. Estas lágrimas de mis ojos,
esta pena que me entristece,
son las lágrimas y la pena
de pensar que tú no me quieres.
¡Por la Virgen que nos escucha,
por la hija de mis entrañas,
yo te juro que a nadie quise
y que reinas solo en mi alma!

Felipe. ¡Por la Virgen!

Pilar. ¡Te lo juro!

Felipe. ¡Por tu hija!

Pilar. ¡Mi tesoro!

Porque es tuya.

Felipe.

Asombrado.

¡Porque es mía!

Pilar. ¿No te lo han dicho sus ojos?

Señalando al camarín de la Virgen.

Pilar. Déjame a solas con ella.

Felipe. Déjame tú, porque quiero
que esta alegría que nace
ella la suba hasta el cielo.

Suena en el interior la campanilla y los in-
fantes y coro cantan el «Sanctus» de la misa.

Felipe.

Pilar.

No llores tú, Pilarica;
no llores más que la Virgen
me trajo aquí por su gracia,
pa que no estuvieras triste.

Desde esta noche, mis ojos
no han de llorar, que la Virgen
te trajo aquí, por su gracia,
pa que no estuviera triste.

Los dos.

Mira la Reina del Cielo
con cuánta luz resplandece:
¡no puede ver quien la mire
más que horizontes alegres!

Pilar. ¡Virgen mía!
Felipe. ¡Virgen buena!
Pilar. ¡Gracias, Madre!
Felipe. ¡Madre santa!
Pilar. ¡Tú lo hiciste!
Felipe. ¡Tú lo quieres!
¡Viva la Virgen de España!

HABLADO SOBRE LA MUSICA

Felipe. ¡Felipe!
Felipe. ¡Pilarica!
Pilar. ¡Déjame que me vaya!
Felipe. Conmigo.
Pilar. No, Felipe; déjame ir sola. Mañana ha-
blaremos con la tía Melchora... Hasta en-
tonces... cada uno por su lao.
Felipe. Como quieras.
Pilar. Quédate aquí, ¿verdad?
Felipe. Como quieras, pero...
Pilar. ¿Dudas de mí?
Felipe. Ni sombra. Se enfadaría la Virgen del
Pilar... y lo que es conmigo... ¡no se
enfada!
Pilar. Adiós, Felipe.
Felipe. Adiós, Pilarica.

Mutis de Pilar por la derecha. Felipe la si-
gue con la vista. Hay una pausa. Se oye por
la derecha un grito ahogado.

Felipe.

Haciendo un rápido movimiento de sorpresa, demudándose.

¿Eh?

Hace mutis corriendo por la derecha; hay un momento de soledad y silencio. Vuelve Felipe, desencajado, tambaleándose. En la mano empuña un arma blanca.

¡Virgen!... ¡Virgen del Pilar...!

Suena en el fondo el repique de campanillas, al alzar.

¡Me he perdido!

Felipe arroja el arma al suelo como ofrenda y cae de rodillas, llorando.

TELON A TIEMPO

CUADRO TERCERO

Dependencia de la cárcel de Zaragoza, contigua al locutorio, cuya celosía se ve a la izquierda. En el fondo una puerta que conduce al exterior. En la parte izquierda del foro, una mesa cubierta con un paño rojo y detrás un sillón y algunas sillas. A la derecha, en primer término, una puerta y en el último un piano. Es por la tarde.

Están en escena varias mujeres; algunas llevan niños en brazos, otras de la mano. El celador impone un poco de orden.

MUSICA

Mujeres.	¿No decían que a las cuatro?
Celador.	A las cuatro o a las cinco.
Mujeres.	¡Ya estoy deseando verle...!
Celador.	¡A ver lo que hace ese chico!
Mujeres.	Dígale usted al Director,
	dígaselo por favor,
	que una mujer se lo pide;

Celador. que tenga buen corazón.
¡Aguardarse!
¡No empujéis,
que ya pronto
le veréis!

Entra Felipe por el foro, conducido por dos guardias de Seguridad. Uno de ellos le quita las ligaduras mientras el otro habla con el Celador. Felipe adopta una actitud de hombre avergonzado, y lleno de pena.

RECITADO

Celador. Unos vienen y otros van.
Guardia 2.º Aquí traemos a este pájaro. Algo anarquista y un sí es no es peligroso. Recién desembarcao de la Habana; no te digo más.

Guardia 1.º ¡Ay, qué humanidad más pestilente, amigo Renovales!

Celador. ¿Traen el mandamiento?

Guardia 2.º Aquí está.

Celador. Pase usted mismo al Director, que yo estoy al cuidado de la salida.

Guardia 2.º No me diga nada. ¡Buena la tiene usted!
Estoy hartito de contender con la plebe.
Vente conmigo, Antúnez.

Enseñando un pliego.
Los dos guardias hacen mutis por el foro. Felipe queda sentado a la izquierda, con la cabeza baja.

CANTADO

Mujeres. ¡Pobrecico, qué pena tiene!
Me dan ganas de preguntarle
si se aflije por su parienta,
por sus hijos o por su madre.

Celador. A callaros, porque si no,
no os consiento quedar aquí.

- Mujer. Se conoce que usted no sabe
las penicas que yo sufrí.
- Celador. Yo lo sé todo;
pero ¡a callar!
- Mujer. ¡Qué genio tiene!
¡Qué atrocidad!

Entra por el foro un grupo de presos poco numeroso, que prorrumpen en gritos de alegría, contestados por las mujeres que salen a su encuentro abrazándolos, alzando a los chicos para que los hombres puedan besarlos, y con otras demostraciones de regocijo.

RECITADO

- Uno. ¡Maña!
- Otro. ¡Mañica!
- Una. ¡Quiterio!
- Otra. ¡Mía a tu padre!
- Otro. ¡Antonia!
- Otra. ¡Dios te bendiga!
- Otro. ¡Ya estoy libre!
- Otra. ¡Ven que te tronce a besos!
- Otro. ¡Aprieta, maña!
- Celador. ¡Orden! ¡Orden!

Felipe contempla el grupo en silencio, pero con viva emoción. Van haciendo mutis por la puerta del foro hombres, mujeres y chicos. El celador, situado a la derecha de la salida, vigila la marcha. Felipe, al salir el último, se pone de pie.

- Celador. No: tú no.
- Felipe. Ya lo sé. Pero déjeme que me asome a ver su alegría.
- Celador. ¡Quietecico hasta que vengan por tí!
¡Ahora te llevarán a una celda!
- Mutis por el foro.
- Felipe. ¡Ya lo sé! Vosotros vais a resucitar,
vais a emborracharos de sol y de vida.

Yo... ¡me he dejao el sol a las espaldas!

... ¡El sol... y a ella!

CANTADO

Adios compañero feliz
que vuelves de nuevo a la luz,
que vas a vivir y a gozar.

¡Dichoso tú!

¡Adiós, compañero feliz,
que alegre a la calle te vas,
que sales al aire y al sol!

¡No vuelvas más!

¡Sol que mis pasos alumbraste!

¡Sol de mi patria, vivo sol!

Ya no he de ver tu luz bendita,
sol español.

Carcelero,
duro y justiciero;

sé piadoso y óyeme.

Carcelero,
si no he de ver la luz,
vivir no quiero.

Mátame,
mátame tú.

Adiós, compañero feliz,
que alegre a la calle te vas,
que vuelves al aire y al sol...

¡No vuelvas más!

Coro interior de
reclusos.

Carcelero,
duro y justiciero,
sé piadoso y óyeme.

Felipe.

Carcelero,
si no he de ver la luz,
vivir no quiero.

Mátame
mátame tú.

Vuelve el celador por la puerta del foro.

HABLADO

Celador. Oye, neófito...

Felipe. ¿Ya?

Celador. Ya. Ven.

Se dirigen los dos a la puerta del foro y le indica el Celador a Felipe que salga hacia la izquierda. Hacen mutis Felipe y el Celador. Entran Mosén Puñales, don Marcos y el Director de la cárcel.

Marcos. Nos habrá usted arreglado lo de la Jezabel.

Mosén. ¿Cómo no? Anoche mismo le dejé recaído de que aquí no se presentara y, además, le he mandado una razón con Marianico.

Entra por el foro Pepe Caña.

Pepa.

Señore... tóo arreglao... ¡Así! Y mejó que antes... ¡Así! Les traigo a ostés la quintaesencia de lo fino... Mejó que la Niña de los Peines, mejó que la Raqué, mejó que la Ofelia de Aragón... mejó que tóo.

Mosén.

Bueno; pero ¿es mejor que la Jezabel?

Pepa.

¡Hombre!...

Marcos.

¿De modo que hay sustituta?

Pepa.

Hay el desideratum. La Gramofonita... ¡na! Una cancionista a gran voz que le da a osté un sí como quien se come un merengue.

Por el foro llegan Marianico y Trenzaera

Marianico.

En la puerta.

¿Hay premiso?

Director.

Pasen.

Entran los dos.

Marianico.

Güenas tardes.

Trenzaera.

Salú.

- Mosen. ¿Qué hay, Marianico?
Trenzaera. Oye, oye... Está aquí el mostillo este.
Por Pepe Caña.
- Marianico. Trenzaera, no amueles.
Trenzaera se calla; pero sin quitarle los ojos a Pepe.
- Mosen. ¿De mi encargo, qué?
Marianico. Que ella viene.
Mosen. ¡Que no!
Marianico. ¡Que sí! Y usted será muy tozudo como capellán; pero ella es rabalera... conqué aplíquese el cuento.
- Mosen. Pues no canta ¡ea! Aunque tenga yo que echar mano de mi autoridad de sacerdote y de mis puñetazos de baturro. ¡Que soy de Ricla, puñales! Y a predicar me ganará el arzobispo; pero a fuerza no me gana ni el Papa. ¡Repuñales!
- Marianico. Dice la Pilar que en otras circunstancias...
Trenzaera. ¡Eso! Cercuns... ¡Eso!
Marianico. Que no tenía inconveniente ni gusto... Pero que está aquí Celipe por su causa y que ella viene a cantar pa él.
- Trenzaera. Y el que no quiera oíla... ¡que se haga la...!
- Marianico. ¡Trenzaera!
Trenzaera. ¡Que se haga la cuenta de que es sordo! ¡Repaño!
- Marcos. ¿Quién es... Celipe?
Mosen. Ese chico que acaban de traer del Juzgao.
- Pepe. ¿Y quién es ella?
Marianico. ¿Y usted lo pregunta, so tío Babieca?
Pepe. ¿Cómo?
Trenzaera. Sí señor, Babieca es poco: ¡Macabeo!

- Pepe. ¿Pero aquer impursivo pasioná, era er novio?
- Mosen. ¿Novio de la Pilar, Felipico?
- Marianico. Celipico... Y porque anoche al salir del Pilar, este tío fachendoso y sus amigos la quisieron atropellar...
- Pepe. Yo no... ¡Entendámonos!
- Trenzaera. ¡Usté se reía!
- Pepe. Pero fué el Falsetiyas, el tocaor, el que la quiso subir en brazos al automóvil.
- Marianico. Y en aquel momento se abrió la puerta del Pilar y Celipe vió aquello y salió como un rayo y le tiró un navajazo al tío aquel y le dejó tendío a secar.
- Trenzaera. ¡Como los hombres!
- Pepe. Menos mal que no le hizo ni un rasguño.
- Trenzaera. ¿Entonces pa qué se quedó en el suelo como una momia?
- Pepe. Pa disimular, pero el arma no le caló.
- Marianico. Entonces... ¡remoño! ¿por qué tien a Celipe en la cárcel?
- Maroos. Probablemente estará incurso en un delito de atentado.
- Marianico. ¿Atentao?
- Trenzaera. Pero si no le tocó tan siquiera...
- Director. Bueno. Eso es cuenta del señor Juez. Ustedes ahora, a la calle.
- Trenzaera. ¡Eso! A Celipe, que es un inocente, a la sombra... Y a nosotros, ¡a la calle!
- Director. Como no quiera usted ir a una celda.
- Trenzaera. ¡Que no me encuentre yo al Falseticas en una calle oscura! ¡Que tó pudiá ser!
- Hacen meoio mutis y de repente se vuelven y dando un puñetazo en la mesa:
- Yo quisiera saber en qué Código...

- Marianico. Eso, en qué Código...
- Gran revuelo y los empujan hacia afuera.
Mutis de Marianico, Trezaera y el Director por el foro derecha.
- Mosén. Don Marcos, hay que hablarle al Juez por ese chico.
- Marcos. Si Mosén... Parece que ha sido demasiado... Por teléfono lo llamaré.
- Mosén. ¿Por teléfono?
- Pepe. ¿Adónde va usted?
- Mosén. A encender una vela pa que contesten.
- Pepe. ¡Este Mosén Puñales!...
- Don Marcos y Pepe Caña se van por el foro izquierda.
- Mosén. Ya no hay quien me quite el mote. ¡Claro! Como no se me caen los puñales de la boca. Pero... ¡yo os enseñaré a llamarme Pérez, ¡puñales!
- Entran por el foro Pilar y la Tana.
- Pilar. Aquí estoy.
- Tana. Aquí estamos.
- Mosen. ¿A qué vienes tú, Pilar?
- Pilar. A cantar en la fiesta.
- Mosen. ¡Pérez! ¿A cantar?
- Pilar. ¡A cantar!
- Mosén. ¿No te he mandao a decir que aquí no cantas?...
- Pilar. Si señor; pero yo canto.
- Mosén. ¡Re...pérez! Que tú no te me subes a las barbas... porque no las tengo; pero soy capaz de dejármelas para que veas que tampoco.
- Tana. Escúchela usted, Mosén.
- Mosen. Pero si ya la he escuchao anoche y sé lo que dá de sí esta pájara.
- Pilar. Anoche... no era yo.

- Mosen. Ni ahora... ¿Qué vas a ser tú aquella chiquitica guapa, inocentona y buena? ¿Qué vas a ser tú, si te has olvidado de toda la doctrina que te enseñé... bien enseñada, aunque tú no hayas querido aprenderla? ¿Qué vas a ser tú, desgraciada? Si a mi me dicen que iba a sacar una ovejica tan descarriada, ¿cómo no la muelo a cachetes antes de que se me escape? ¡Recontra... Pérez!
- Pilar. Yo no soy mala, Mosén.
- Tana. No señor, no es mala. Que otras habrá piores y pasan por señoras prencipales.
- Mosen. Bueno, pero cantar aquí... ni en broma.
- Pilar. ¡Que si canto!
- Tana. ¡Vaya si canta!
- Mosen. ¡Cristo de la Seo! Hazme el favor de quitármela de delante, porque me pierdo.
- Pilar. Oígame usté, Mosén. Oígame sin pasión y con indulgencia...
- Mosén. ¿Qué vas a decirme?
- Pilar. Lo que nadie ha querido escucharme desde que ayer puse los pies en Zaragoza.
- Tana. Usté tjé obligación de escucharla, aunque sea en confesión.
- Mosén. En confesión, sí.
- Pilar. Pues como si fuera en confesión.
- Tana. ¡Como si fuera en confesión!
- Mosén. Habla ya, parlotera.
- Se sienta disponiéndose a escuchar, de mala gana, con la cabeza vuelta hacia otro lado.
- Pilar. Cuando me quedé sola en el mundo, sin padre ni madre, no me quedó más refugio que la casa de mi tía Melchora, que era la de mi abuelo. Allí me recogieron

y allí crecí al lado de Felipe, el hermano más chico de mi madre.

Mosen. Todo eso me lo sé de memoria.

Tana. Y yo...

Pilar. Pero lo que no sabe usted es que llegó un día en que, sin saber cómo, Felipe y yo nos dimos cuenta de que una moza no mal parecida y un mozo tan cabal como Felipe no podían pasar sin quererse como nosotros nos quisimos.

Tana. En secreto pa tós, que frente por frente está la posada y no lo habíamos advertido.

Mosen. Cállate tú, ¡repaño!

Pilar. Nos quisimos, hágase cuenta de cómo...

Tana. Usted habrá querido alguna vez...

Mosen. Tana... Tana...

Pilar. Hasta que tuvo que suceder lo que sucede: Siempre juntos... Queriéndonos... Tan cerca...

Tana. Mosén, póngase usted en su caso.

Mosen. Lo que me voy a poner es a darte morrones hasta que se me hinchen las muñecas...

Pilar. Felipe se asustó de lo que podía ocurrir... y como no tenía trabajo en Zaragoza para poder mantenerme, antes de que nos buscáramos una perdición... se fué a las Américas. Pero él me juró, y yo le juré, que no seríamos para nadie más que para nosotros.

Mosen. Adelante, Pilar.

Pilar. Pocos días después de su marcha, yo sentí que aquellos quereres habían dado su fruto.

Tana. ¿Se va usted enterando?

Mosen.

Demasio me entero.

Pilar.

Y... por miedo, señor cura, por respeto a la casa de mis abuelos... por no deshonrar el nombre de mi tía... que es tan seria para todo, me fui. Le tengo escritas muchas cartas. Ella no ha querido saber de mí. Yo no me atrevía nunca a confesar mi falta, porque sabía que era darle la muerte. Felipe no había llegado aún a su destino, no sabía de él, no supe nunca dónde escribirle... Tenía que vivir para mí, para mi hija... ¡Para él también! Y como siempre he tenido habilidad para cantar... aprendí unas canciones, las que me enseñaron... Salí al teatro... Gusté. Gané mucho dinero... pero seguí siendo una buena mujer...

Mosen.

Salvo aquello.

Pilar.

Salvo aquello, si señor. La gente es muy mala. Cancionista, soltera y con una niña... ¿qué habían de pensar? Lo que de muchas. Y he tenido que soportar muchas calumnias y muchos agravios, porque cuando se vive del público, todo hay que sufrirlo con resignación.

Mosen.

Y toda esa historia... ¿por qué no se la cuentas a tu tía?...

Pilar.

No me ha querido oír, esta lo sabe.

Tana.

Cierto como la luz.

Pilar.

Me ha vuelto la espalda. Por eso anoche, de pensar que podía ser más fuerte el decir de la gente que la verdad, que Felipe no iba a creerme tampoco, que mi hija se quedaba sin un padre verdadero y con cien padres adoptados por las calumnias, no pude cantar. Parecía que en

la garganta tenía un nudo y que me estrangulaba el corazón.

Enternecida, con lo que Tana rompe a liorar escandalosamente.

Tana.
Mosen.

¿Qué dice usted?

Tras una pausa y reventando.

¡Que canta, re... Pérez, alias Puñales!

¡Viva!

Tana.

Entran por el foro don Marcos, Pepe Caña y el Pianista.

Pepe.

Tóo arreglao. ¡Hombre... la Jezabel!

Pilar.

A mi no me hable usted, caballero.

Pepa.

Pilar que...

Mosen.

¡A callarse!

Marcos.

Está usted complacido.

Mosen.

Gracias... Y ahora... oidme. Esta chica canta en la fiesta por encima de la cabeza del toro de San Marcos.

Director.

¡Señor Capellán!

Mosen.

He dicho.

Marcos.

Considere usted que los reclusos...

Mosen.

¡Que canta, ea!

Tana.

¡Que canta!

Mosen.

Atrás, tú.

Director.

Declino toda mi responsabilidad.

Mosen.

Usted decline lo que quiera; pero canta.

Pepe.

¿Y la Gramofonita?

Mosen.

¡Que la ahorquen!

Marcos.

Bueno, que cante la primera... Así el mal efecto que pudiera causar...

Mosen mira a Pilar consultándola.

Pilar.

La primera o la última, me es igual.

Marcos.

Pues... a ello.

Mosen.

¡Hale!

Se sientan junto a la mesa don Marcos en medio, a su derecha el Director, y a su izquierda Mosen Puñales.

Pianista.

¿Trae usted los papeles?

- Pilar. No me hacen falta.
Pianista. Es que yo...
Pilar. Tampoco me hace falta usted.
Pepe. ¿Cómo? ¿Cómo?
Pilar. Que venga Felipe a acompañarme.
Marcos. ¿Felipe? ¿El recomendado de usted?
A Mosén
- Mosen. Ese.
Pilar. Con una guitarra.
Mosen. Ande usted, don Epaminondas.
Al Director que se levanta y hace mutis por el foro.
- Pianista. Se me hace de menos.
Mosen. De menos nos hizo Dios y nos aguantamos.
- Pepe. ¿Pero qué ha pasao aquí?
Mosen. Un milagro. ¿Se piensa usted que estamos en su tierra, señor Pepe... Pepe Porra?
Entran por el foro Felipe y Matacuras, cada uno con su guitarra.
- Felipe. ¡Pilar!...
Corriendo a abrazarla.
- Pilar. No, así no...
Se quita el abrigo y aparece vestida con un traje de aragonesa típica.
- Pilar. ¡Así!
Felipe. ¡Esa eres tú!
La abraza.

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

- Matacuras. Sentándose a la derecha y templando
Vamos, maño, dame el bordón.
- Felipe. Voy.
Se sienta también.
Por el foro salen el Director, un Celador y varios presos que se acomodan en el fondo. Detrás de la reja del locutorio se oye un rumor de gente.
- Matacuras. Ya está.

Fellpe.

¡Anda, Pilara!

Pilar.

Cantando.

Porque soy mujer, me dicen
que no tengo corazón.
Los que lo dicen no saben
que he nzcío en Aragón.

Mosen.

Mataouras.

Preso 1.º

¡Viva Aragón!

¡Viva!

En el locutorio.

Preso 2.º

¡Bendita sea tu boca!
Maña, mañica... Ven que te bese la
mano.

Preso 1.º

¡Que Dios te dé tóo lo que le pidas!

Preso 2.º

¡Y la Virgen del Pilar te proteja!

Todos rodean a Pilar con entusiasmo

Mosen.

Pepe.

¿No dije yo que cantaba?

Y yo digo que aquí hay un contrato en
blanco por dos años pa cantar la jota por
tóos los tablaos de España.

Fellpe.

Pepe.

Mosen.

Eso sí que no.

Y pa osté otro como tocaor.

Y pa osté un bozal, ¡puñales!...

La jota no es un cantar
como otro cantar cualquiera
y no se puede tirar
al suelo.

Pepe.

Mosen.

Como usted quiera.

¿Llevar la jota al teatro
pa divertir a la gente?

¿Pa que crean más de cuatro
que es un cantar indecente?

No señor... Aquí la jota
se canta... porque se canta...

Con una vihuela rota
y una angina en la garganta;

porque nunca pretendemos
darle un sentido profundo,
por lo mismo que sabemos
que es lo más grande del mundo.
Y aquí la canta gente
sin sentir y sin pensar,
con el cántaro en la fuente
o el pucheto en el hogar.
En la cuna a los pequeños
no se les canta otra cosa
y así tienen esos sueños,
todos de color de rosa.
Si se quiere a una mañica
cantando se la festeja.
Suspira la vihuelica
que parece que se queja.
El que tiene algún rencor
lo venga con una copla.
Se desahoga el cantador
y, al que le pica... pues ¡sopla!
Y aquí no hacemos novenas
pa rezarle a un santo o santa...
¡Si estoy por decir que apenas
la escuchan más que al que canta!
Conque... vaya usted con Dios,
búsquese otros numericos
y deje usted que esos dos
se canten pa ellos solicos;
¡que ha de cantarse la jota
pa que nos suene a cantar,
con una vihuela rota
y a la sombra del Pilar!

Meichora.
Matacuras.
Mosén.

¡Bien hablaio!
¡Viva Mosén!

A Pilar y a Felipe

¡Puñales! ¿Qué estáis pensando?

Pilar. Pues que nosotros también,
se lo diremos, cantando.
Tana. ¡Si señor! Y yo... ¡bailando!

Gran animación en todos. Tana baila; Felipe
y Pilar se abrazan.

Los farfalleos, TELON en un acto, música de
Eduardo Granados.

Los delicias de Capua, zarzuela cómica en un acto,
música de Ernesto Rosillo.

La serranillo, balada lírica en un acto, música de
Ernesto Rosillo.

La rubia del Far West, opereta en un acto, libre
de Federico Romero y Luis Germán y música de Er-
nesto Rosillo.

La Princesa Gialá, opereta en tres actos, traducción
del alemán, libre original de Rudolf Bernhard y Ru-
dolph Schenker y música de Jean Gilbert.

Doña Francisquita, comedia lírica en tres actos, el
tercero dividido en dos cuadros, música de Anacleto
Vives. (4.^a edición).

El diablador, zarzuela en tres actos, el segundo divi-
dido en dos cuadros, música de Rafael Millán.

La sombra del Pilar, zarzuela en dos actos, el se-
gundo dividido en tres cuadros y un intermedio, mú-
sica de Jacinto Guerrero. (2.^a edición).

Blancaflor, zarzuela en tres actos, música de Juan
Antonio Martínez.

Tars. que no se puede...
 de la...
 Y...
 Y...

LEON

que...
 El que...
 la...
 y...
 Y...
 pa...
 Si...
 la...
 Con...
 y...
 se...
 que...
 pa...
 con...

Madrid...
 Valencia...
 Sevilla...

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

La canción del olvido, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de José Serrano (6.^a edición)

La sonata de Grieg, balada noruega en tres cuadros, música de Edvard Grieg.

Los fanfarrones, farsa lírica en un acto, música de Eduardo Granados.

Las delicias de Capua, zarzuela cómica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La serranilla, balada lírica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La rubia del Far West, opereta en un acto, libro de Federico Romero y Luis Germán y música de Ernesto Rosillo.

La Princesa Olalá, opereta en tres actos traducida del alemán, libro original de Rudolf Bernauer y Rudolph Schanzer y música de Jean Gilbert.

Doña Francisquita, comedia lírica en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, música de Amadeo Vives. (2.^a edición).

El dictador, zarzuela en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, música de Rafael Millán.

La sombra del Pilar, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros y un intermedio, música de Jacinto Guerrero. (2.^a edición).

Blancaflor, zarzuela en tres actos, música de Juan Antonio Martínez.

PRECIO, 3 PTAS